

pechas de nadie... El conocía la vida y milagros de varios pasajeros, con quienes una ó dos veces había ya hecho la travesía del Océano; y al cabo de diez minutos de conversación, comenzó á preguntarme familiarmente, señalando á unos y otros:

—¿Sabe usted quién es aquel? ¿Conoce á aquella señora?

No pude prestarle oído inmediatamente, sin embargo, porque otro personaje atrajo mi atención: el tipo de una raza de gente original, que aun no conocía yo.

*
*
*

Era el panadero que maltrataba á Italia, pavoneándose en medio de un corro de pasajeros, orgulloso de su panza de reciente adquisición, como de una insignia de señorío. Iba vestido como capataz bien acomodado, y llevaba un grueso anillo de oro en la mano derecha: su mirada era falsa, la nariz petulante, la boca vanidosa. Por el semblante y la conversación se adivinaba al antiguo emigrante miserable, que, habiendo hecho fortuna, pero siguiendo tan ignorante como antes, cree al

volver á su país, que no tiene mas que enseñar la bolsa y decir despropósitos delante de la botica, de lugares y cosas lejanas, mezclando baladronadas y mentiras, para hacerse elegir concejal, nombrar alcalde, y montarse sobre sus convecinos, que él se figura unos estúpidos porque no se han movido de sus casas.

El tal molinero había tenido seguramente un solemne desengaño, y le dolían las quemaduras que su amor propio recibiera; y debían escocerle fieramente, bajo la grosera jovialidad de que hacía gala. Tres meses, decía, le habían bastado para convencerse de que no podía respirar el aire de su pueblo. Al cabo de los veinte años creyó encontrarse con alguna *transformación*, con algún progreso; en lugar de esto, acababa de hallar por el contrario, las ideas de antaño, con todas las añejas preocupaciones, con la rancia vida mezquina, y una maldita hambre!... Cien perros alrededor de un hueso, y gracias, cuando había algún hueso. Además ninguna iniciativa para los negocios, un caminar con pies de plomo para todas las cosas y siempre con mil estorbos, una desconfianza de avaros corrompidos, una absoluta carencia de *caballeridad*. Y diciendo esto echaba unas miradas oblicuas á los italianos que le escuchaban, como complaciéndose en herirlos en su orgullo nacional.

Pero, era preciso oír aquel vocabulario: era la primera muestra que oía de la lengua extraña, hablada por nuestra gente del pueblo cuando lleva muchos años de estancia en la República Argentina; donde, al mezclarse con los *hijos del país*, y á los conciudadanos de regiones distintos de Italia, casi todos pierden una parte de su dialecto propio y adquieren algo de italiano, para llegar luego á confundir italiano y dialecto con la lengua local, poniendo desinencias provinciales á las radicales españolas y viceversa, traduciendo literalmente frases propias de los dos lenguajes que en la versión cambian de significado ó no conservan ninguno, y saltando más de cuatro veces en el trascurso de un período de una á otra lengua como si delirasen. Lleno de estupor le oí decir *si precisa molta plata, —guastar capitales, —son salido con un carigo di trigo, etc., etc., etc.*

Y en esta horrible jerga seguía dando firme contra el Congreso de los diputados, contra el gobierno *atrasado*, contra el pueblo *de mendigos*, y por último, contra los monumentos artísticos, diciendo que, al pasar por Milán, había encontrado el Duomo más pequeño que como su mente le recordaba. Cantaba por el contrario la magnificencia y belleza de las llanuras americanas, haciendo un amplio y grotesco gesto de paisajista ofuscado. Pero se revolvía contra

Italia otra vez, intercalando en el discurso, — ¡Edad Media, Edad Media! — palabras que sin duda había atrapado en alguna crónica de periódicos provincianos.

El agente de cambio, que estaba oyéndole conmigo y riéndose en sus barbas, y que sabía por experiencia la casta de semejantes patriotas, díjome que, cuando estaban en América representaban el papel contrario; esto es, se quejaban de todo, apoyando su orgullo en la lejana patria, frente á la cual juzgaban incivil, ignorante, deshonorado el país que les había dado hospitalidad y en donde se habían hecho de oro.

Pero, de pronto, truncó esta conversación para decirme que había conocido á un hombre extravagante, aunque agradabilísimo entre la gente de la tripulación, viejo marinero jorobado, encargado de la vigilancia de los dormitorios de mujeres; cargo delicadísimo, que requería en el empleado, no solo la garantía de una edad archimadura, sino la ausencia absoluta de todo mérito estético en su figura, que pudiese herir un corazón femenino. Este menudo jorobado encanecido, que por la noche debía separar los dos sexos, y cuidar de que ninguna mujer saliera de su dormitorio, era un compuesto muy extraño de filósofo y bufón, que pregonaba continuamente sentencias sobre las mujeres, tor-

mento de toda su vida, con una solemnidad de predicador y á veces con giros tan difíciles en sus palabras, que no se comprendía absolutamente nada de lo que quería decir. De buena gana le hubiera interrogado yo mismo, porque me hubiera divertido grandemente.

Y en este otro—me preguntó,—¿se ha fijado usted?—y me señaló á aquel *bello* camarero de primera clase tan reluciente de pomada, que en aquel momento pasaba con un cubo en la mano, dirigiendo lánguidas miradas á las señoras. Era este una especie de Ruy Blas marino, que miraba hacia arriba, estudiando en todas sus maneras el medio de dar á entender que á pesar de la humildad de su condición social, vivía consolado á bordo por milagrosos y misteriosos éxitos; y entretanto, hacía de sultán ante dos camareras, una genovesa tierna, y otra veneciana fresca, que se roían las entrañas de celos, y se insultaban todas las mañanas en los pasillos, con la cofia ladeada y puestas en jarras, sin atender á los campanillazos de las señoras.

*
* *

En aquel punto pasó frente á nosotros un pasajero, el genovés que se sentaba en la me-

sa á la derecha del comandante, un honrado gordinflón de cincuenta años, con un solo ojo y barba como cerdas de cepillo; al pasar hizo al agente seña con la mano, que no comprendí. Luego subí al castillo. Pregunté qué quería decir aquella seña.

—Quiere decir—me contestó el agente—; que hoy habrá en la comida macarrones al jugo!

Y me hizo el boceto del retrato de aquel señor. Era un negociante desahogado establecido en Buenos Aires; un infeliz como otros muchos, que, gozando á bordo de una inmejorable salud, no pueden ni discurrir, ni leer, ni pensar, se aburren de un modo increíble, y llevan consigo siempre un fastidio que los abate, les tortura y les mata. Este, para reanimarse algo, se había dedicado á la gastronomía, á la que tendía él ya por naturaleza; había trabado relación con el cocinero; era el primero que desde por la mañana sabía ya lo que comeríamos de noche, é iba llevando la noticia por todas partes; entraba en la cocina veinte veces al día, se ponía á ver pelar los pollos, conversaba con los pinches, visitaba los hornos, se entendía con el repostero y con el hostelero de proa, bajaba á los almacenes de víveres, bebía diez vasitos de vermouth para abrir el apetito, hablaba poco, pero siempre de comi-

das, y cuando no se ocupaba de ello, se estaba horas enteras en su nicho, con las manos cruzadas por detrás de la cabeza, los ojos espantados como un hipnotizado, bostezando á manera de león, con bostezos enormes y lastimeros, uno tras otro sin interrupción, y dando que pensar (admitida la creencia de no sé qué pueblo, de que á cada bostezo sale de la boca del hombre el alma de un antepasado) que habría exhalado hasta el alma del mismísimo Adán.

—¿Conoce á otros?— pregunté.

—¿Y cómo no?— Puro argentino. *¿Y cómo noo?* (cantando): todos los italianos se lo apropiaron.—Mas esta vez, tratándose de personas muy inmediatas á nosotros, bajó la voz, y me dijo al oído que mirase en el ángulo de la plazuela, á la izquierda. Entre las señoras había una como de cuarenta años, de grandes y escudriñadores ojos, ajada, vestida elegantemente; un rostro singular: visto desde alguna distancia, cuando sonreía, enseñando sus hermosos dientes blancos, parecía bello y bondadoso y era atractivo; pero, al acercarse, veíanse aparecer rasgos duros, pequeñas arrugas repulsivas, y una de aquellas bocas amargas de ambiciosos desilusionados y de envidiosos, que revelan el hábito de una despiadada maledicencia.

A su lado se sentaba una muchacha secucha

que aparentaba tener quince años, rubia, deslavazada, con el vestido corto: su cara inclinada sobre la labor, no decía nada. La señora leía un libro, pero con tan poca fijeza, que á cada paso ó á cada palabra que cerca ó lejos oyese, levantaba la cabeza. Eran madre é hija —me dijo el agente;— habían viajado con él el año pasado en el *Fulmine*: la madre llevó á su hija á Alemania para perfeccionarse en el piano: nacidas en Italia, oriundas de España, se habían establecido en la Argentina. La madre tenía una lengua de *hacha*, capaz de promover una asonada en el vapor; roída hasta tal punto por la envidia de los trapos, que cada nuevo vestido de señora que aparecía á bordo era para ella como una *puñalada* en el costado.

—¿Qué le parece á usted la hija?

No me parecía nada: una figura de colegiala raquítica, sin sangre en el cuerpo y á quien le sentaría muy bien jugar con las muñecas.

—¡Ah! qué pifia!— exclamó el agente— usted me perdona.—Y me llevó hacia otra parte de la plazuela para poder hablar con más libertad.

Aquella seca criaturilla en que nadie paraba su atención era un verdadero caso psiquiátrico, digno de estudio para los alienistas. En el viaje del año anterior en el *Fulmine* iba un empleado á bordo amigo suyo, guapo muchacho que conversaba á veces con la madre, y que

en todo el viaje quizá no había cruzado veinte palabras con aquella agua mansa feúcha, que le miraba con la más imperturbable indiferencia. Pues bien, allí dentro habíase encendido uno de esos amores que estallan solamente á bordo, en el silencio del camarote, en medio de la soledad del Océano, donde las almas á veces se aferran á las almas, con igual furia que la que los náufragos ponen para asirse á las tablas flotantes.

Apenas desembarcaron en Génova, madre é hija partieron para Alemania, y el marino recibió al día siguiente una carta de ocho páginas llena de una pasión tan furibunda, de frases tan abrasadoras ¡pero qué frases!, gritos de amor que estremecían, un *tú* brutal en cada línea, cascadas de insensatos adjetivos, palabras que eran mordiscos, besos y sollozos, un lenguaje increíble y que no es posible reproducir—¡á los trece años!,—y mezclados con esta lava, muchos disparates gramaticales y desatinos ortográficos, y entre dos hojas... un mechón de cabellos. Y mirándome fijamente, añadió: De cabellos. ¡Pero Dios sabe en dónde tenía su cabeza cuando se los cortó! ¿Ha comprendido?—Es de notar: una carta sin dirección para la respuesta, una carta sin fines ulteriores, por consiguiente, que no había sido otra cosa que un desahogo irresistible del alma y del cuerpo, martirizados por veinte días de silencio y de impos-

tura. Yo me volví para mirar á la muchacha, y se me escapó el decir:— ¡Es imposible!

Pero el agente hizo un gesto como si hubiese negado la luz del sol. Era cierto. Un *documento humano*. He ahí todo.

*
**

Mientras concluía de decir estas palabras, acercábase el garibaldino, que venía de proa. Al pasar á mi lado, se me ocurrió preguntarle, así, por simpatía:—¿Ha estado usted entre los emigrantes? Se quedó como maravillado de que le dirigiese la conversación, y me indicó que sí, deteniéndose, pero de lado, como quien quiere gastar pocas palabras. El agente, que creía adivinar en aquel señor una antipatía instintiva hacia los hombres de su índole, se separó.

Insistí preguntando:—¿Ha visto á esos pobres campesinos?

—Los campesinos—respondió lentamente, mirando al mar—son embriones de burgueses.

No comprendí de pronto el sentido de sus palabras.

—Tienen el mérito único—continuó sin mirarme—de no enmascararse con la retórica patriótica y humanitaria. Por lo demás... el mis-

mo egoísmo de fieras domesticadas. El vientre, la bolsa. Ni siquiera el ideal de la redención de su clase. Cada uno de ellos quisiera ver más miserable á todos los demás, con tal de campar él mejor que antes. Que vuelvan los austriacos, pero á enriquecerlos, y estarán con ellos.—Y continuó después de una pausa:

—Que hagan buen viaje.

—Y sin embargo,—le hice observar—cuando están en América, recuerdan y aman á su patria.

Y apoyándose en la borda y vuelto hacia el mar, replicó:—La tierra, no la patria.

—No lo creo así—respondí.

Se encogió de hombros; y luego, sin otros preámbulos, con el tono de quien habla con el fin de librarse, una vez para siempre, de un importuno, más que por necesidad de confiarse á él, abrió su ánimo con pocas, rápidas y secas frases. Ni él tampoco en último término se condolía de la patria. Se había quedado ésta muy por bajo del sueño por el cual tanto había combatido.

Una Italia de declamadores y de intrigantes, apestada todavía por los antiguos vicios, hidrópica de vanidad, privada de un ideal grande, ni amada ni temida por nadie, acariciada y abofeteada, ora por uno ora por otro, como mujer pública, sin más virtud que la paciencia del asno. De lo alto á lo bajo no veía mas que

una corrupción universal. Una política dispuesta siempre á lamer la mano del más fuerte, sea quien sea; un escepticismo atormentado por el secreto terror del sacerdote; una filantropía no inspirada en los generosos sentimientos de los individuos, sino en los temerosos intereses de clase. Sin fe sólida en nada; ni siquiera en la monarquía! millones de monárquicos incapaces de defender con valor, en caso de necesidad, su bandera, prontos á ponerse boca abajo ante el gorro frigio apenas le viesen en lo alto. Una pasión furibunda en todos por llegar, no á la gloria, sino á la fortuna; la educación de la juventud encaminada á este fin; cada familia convertida en una razón social, sin escrúpulos, capaz de acuñar moneda falsa con tal de empujar á sus hijos; y las muchachas dirigidas por el camino de los hombres, perdiéndose de día en día en la educación y en la vida de las mujeres todo espíritu de poseía y de gracia. Y mientras, la instrucción popular, una pura apariencia que no sirve sino para sembrar orgullo y vanidad, aumentar la miseria y cooperar al vicio. La mitad de los hombres que dieron su vida por la redención de Italia, si resucitasen, se hubieran saltado la tapa de los sesos. Dicho esto, volvió la cabeza al otro lado.

—No es exacto—le dije.—De los desengaños que todos hemos experimentado, nosotros

mismos tenemos la culpa, al imaginar que la libertad y la unificación de Italia habían de producir una inmediata y completa regeneración moral, extirpando milagrosamente la miseria y el delito. No confrontemos el estado presente con el ideal, del cual todos los pueblos poco más, poco menos están igualmente distantes y lejanos; comparémosle con el pasado. Este era tan vergonzoso y horrendo, que el solo hecho de haber salido de él, de cualquier modo, nos debe confortar por completo. — No — me respondió.

Le pregunté si iba á la Argentina, si tenía allí familia. Iba, en efecto, á la República del Plata, y no tenía allí á nadie de los suyos.

Le ví entonces por vez primera una cicatriz detrás de la oreja izquierda, profunda, como de una herida de bala de pistola.

Le pregunté si había hecho la campaña de 1866, no pareciéndome por la edad que pudiera haber hecho la de 1860.

También ésta la había hecho, á los diez y seis años. Interroguéle, mirándole atentamente, si había sido herido.—Jamás—respondió.

Pero en aquel momento mismo se volvió, y sorprendiéndome con los ojos fijos detrás de su oreja; me echó una mirada indagadora, enrojeciéndose ligeramente sus mejillas, y cruzando por sus ojos como un relámpago de indignación. Luego, con ceñuda expresión y con brus-

co ademán, que claramente quería significar: —Déjeme usted en paz, —volvióse á mirar al horizonte. Aquella mirada hábame revelado, un secreto de su vida: un momento terrible, al cual, sin duda, había sido arrastrado por prolongadas amarguras, y tras una grave transformación ocurrida poco á poco en su alma, que había sido sana y llena de fecundo poder como su cuerpo de soldado y de atleta.

Quizá todo entusiasmo y sentimiento se había apagado en él; pero el escepticismo en que cayera, no era innoble, porque sufría y amaba todavía el bien, del cual nada esperaba: eran ruinas pero de un edificio de oro. Comprendí, que ni conmigo ni con nadie era capaz de entrar en relación, y le dejé solo, mirando al mar.

*
* *

También yo fuí á mirar el Océano en otro sitio, porque desde el día de la salida no se había presentado de aquel modo: todo él poblado de hermosas y alegres ondas, que surgían mórbidas é iluminadas con cien matices verdes y azules, de cristal, de terciopelo, de raso, coronadas de mechones y penachos de plata y de blancas crines rizadas, de mil menudos iris

brillantes á través de finísimo polvo de gotitas, sobre las cuales se elevaban aquí y allá surtidores blancos muy altos, que eran como los gritos de placer de aquella muchedumbre que danzaba al sol bajo las caricias del alíseo.

Se veía la onda hincharse casi hasta la altura de la obra muerta y desaparecer luego en un momento; una amenaza que se resolvía en una broma, para volver á levantarse luego como para decir una palabra y quedarse indignada de no poderla decir, dando lugar á otras ondas que acudían, nos miraban y se deshacían también súbitamente con su secreto. Y hubiéramos estado horas y más horas contemplando aquel formarse y disolverse continuo de cadenas de nevados montes, de valles profundos, de provincias solitarias y fantásticas; formadas, dispersas, rehechas y deshechas sucesivamente como puede serlo la faz de un mundo por el capricho de un Dios. Todo este hervor no tenía lugar mas que en torno nuestro; lejos, por todo el horizonte, estaba el mar como inmóvil, de riente azul, y salpicado de manchas blancas, que parecían las velas de innumerable flota que acompañase nuestra marcha.



V

CABALLEROS Y SEÑORAS

CON aquel agente de banca, que era una gacetilla viva, conocí pronto, aun sin quererlo, á casi todos los pasajeros de primera clase: al día siguiente vino á sentarse á mi lado á la mesa, en el sitio del abogado, que aún estaba en cama. Hacía los conocimientos por docenas: la noche antes había entablado conversación con los recién casados que ocupaban el camarote inmediato al suyo, y como había notado que eran tan tímidos y poco desenvueltos en público, se proponía alentarlos un poco. Apenas se sentó preguntó al marido, que estaba sentado frente á él, si había descansado; á lo que el interrogado respondió: — *Bien, gracias*, mirándolo inquieto. — Sin embargo — repuso el